

LIBROS

Rafael Alberti: Versos y prosas en su 70 aniversario

El 16 de diciembre de 1902 nació Rafael Alberti en El Puerto de Santa María. A los setenta años, el 16 de diciembre, se publica «Canciones del Alto Valle del Aniene» (1); en esa misma fecha aparece la edición italiana, en coincidencia con el homenaje que Roma dedica al gran pintor y poeta español: la exposición de sus obras lírico-gráficas en la Galleria Rondanini (2). Es el segundo libro que el autor dedica a Italia, país en que reside desde 1963; el anterior llevaba por título «Roma, peligro para caminantes» (1968). Alberti, en su peregrinar, ha construido su variada y siempre nueva obra literaria en contacto con los lugares de su residencia, acuciado por el presente, por los recuerdos de lo vivo lejano y aferrado a la esperanza, en un constante enriquecer de su sensibilidad y hallazgos expresivos, abierto a todas las inquietudes humanas y uniendo cotidianamente vida y creación.

Durante el verano, Alberti vive en Anticoli Corrado, pequeño pueblo agrícola de montaña que se despuebla lentamente. Allí, desde el siglo pasado, acuden artistas y escritores. Es un lugar retreado y tranquilo, ligeramente

(1) Editorial Losada. Buenos Aires, 1972.

(2) Con este motivo se editó un muy completo catálogo, que es el número de la revista «Rondanini-Arte» (Roma, Diciembre, 1972), y atractiva monografía sobre Alberti.

sacudido por la charanga política italiana y alejado de la autopista, que se agazapa en el valle del río Aniene. En estas breves canciones, bañadas de tristeza y maravilla, de humor y nostalgia, el poeta vive y recrea su ambiente: amigos, calles, historia, paisaje, animales, árboles, luz... surgen estremecidos de misterio, envueltos en «el inédito asombro de crear». Son emociones recogidas con sencillez y perfección formal para componer, con los suaves y cambiantes colores del ver-



no en el valle, un inquietante fresco en el que se fusionan la intimidad de Rafael y el universo en que vive, lo que ama y ya forma parte de sí y también lo que desprecia.

Si «Marinero en tierra» y los libros inmediatamente posteriores se nutrieran de la ausencia del mar, si las «Canciones y baladas del Paraná» anhelaban la España lejana y glorificaban el paisaje en que vivía Alberti, las «Canciones del Alto Valle del Aniene» rebasan el lugar geográfico y presentan el mundo en que le ha tocado vivir «entre el clavel y la espada».

La segunda parte del libro está formada por un conjunto de prosas: «Visitas a Picasso»; son apuntes para la autobiografía de Rafael, de la que sólo ha editado los dos primeros li-

bro: «La arboleda perdida» (1959). Comprende los encuentros de ambos entre 1968 y 1972 y pertenecen a la veta más importante de la prosa albertiana: la de sus recuerdos. Lo anecdótico le sirve para expresar su entusiasmo por Picasso, el carácter de éste y el del propio Alberti, pesimista y alegre. La prosa es elaborada —a Rafael le cuesta más de escribir que el verso— y brillante. Se suman estas imágenes a la bibliografía picassiana de Alberti: «Los ocho nombres de Picas-

so» (1970) y «Picasso en Avignon» (1971). Continúa el orden del libro «Otros versos», recolección de poesías aparecidas en catálogos y prólogos, dedicadas a los amigos que le han acompañado en los últimos años, y su hija, en el poema de mayor longitud: «Carta a Aitana».

Componen la última parte los fragmentos, poesías y prosa de un libro todavía inacabado: «El desvelo». Como destellos de noches de insomnio aparecen aquí los temas obsesivos de la lúcida y mágica producción literaria de Alberti, unas veces claramente expuestos; otras, explorándose hasta lo más hondo para expresar lo inexpresable, siempre con prodigioso esplendor formal. La zozobra cotidiana, las innumerables cartas y papeles que invaden su

habitación y le obligan a preocuparse por lo que le fastidia, amenazantes en la frontera entre el sueño y el despertar, enmarañándose con recuerdos alucinantes y evocaciones del mar y de la infancia; su gatita le acompaña en estas horas, mientras oye las noticias radiofónicas que le llenan de angustia: matanzas, ferocidad, guerras... dolor del individuo en el mundo de hoy que transmiten las emisoras, le quitan el sueño y preparan un terrible amanecer en el que «sólo se habla de muerte... De proyectos de matar».

En páginas de distinto color se incluyen las «Poesías anteriores a «Marinero en tierra»». Datan de 1920 a 1923 —años en que Rafael abandona la pintura por la literatura—, y denotan la influencia de movimientos literarios de la época —ultraísmo y creacionismo—, a la vez que anuncian aspectos de su futura poesía. Ha sido un acierto poner al alcance de los lectores una parte de la obra de Alberti prácticamente desconocida, incorporar estas primeras poesías al libro en que aparecen las últimas de estos sus setenta años. ■ MANUEL BAYO.

«Si volviera el verano», un texto de Adamov

Texto inquietante éste, que rompe la línea, demasiado esquemática, hecha a costa de Adamov (1). Y quizá también, texto cruel para sus críticos, surgido cuando el inventario estaba hecho y la fecha del suicidio del escritor, registrada y archivada.

Leyendo las Memorias de Adamov, recientemente publicadas en

(1) Miguel Castellote. Editor. Colección de Bolsillo Básica, número 15.

España, uno descubriría hasta qué punto era maniquea la imagen de un escritor sin conciencia histórica, sumido en las agonías de la naturaleza humana, súbitamente ganado por una visión dialéctica y política de la realidad. De un escritor que planteaba en «La grande y la pequeña maniobra» la impotencia del acto político, para mostrarse en «Paolo Paoli», y sobre todo en «La primavera del 71», dedicada nada menos que a la Comuna, a favor de una ideología muy precisa y de la subsiguiente necesidad de una acción muy concreta. Su firma del famoso manifiesto de los 121, protestando por la tortura francesa en Argelia y declarando el derecho del FLN a defenderse con el terrorismo, sería otra manifestación clave en la línea de Adamov, un marxista que no se enroló nunca en el partido comunista francés.

Hace unos meses, Cuadernos para el Diálogo publicó un volumen con las dos obras consideradas últimas de Adamov, «Don Moderado» (1967) y «Off limits» (1969), sin que en el estudio preliminar se hiciera referencia alguna a «Si volviera el verano», a la que tampoco aluden los clásicos ensayos sobre la obra de Adamov —como el de Martin Esslin, que cuenta ya con cierta antigüedad— ni los capítulos que en sus Memorias consagra el autor a su obra teatral.

Está claro, en todo caso, que nos hallamos ante una de las últimas obras de Adamov, en cuya nota prologal el autor formula una idea que bien podría ser el resumen de sus largas reflexiones y conflictos sobre el concepto de realismo: «La obra parecerá oscura a la fuerza, dado que es una continuación de sueños

efectuados por cuatro durmientes distintos. Por más que nos encontremos con las mismas situaciones, no por ello dejan de variar las perspectivas, ya que cada uno ve a su manera el mundo y a los demás, y él mismo constituye un mundo para sí mismo y para los demás. No hay visión objetiva. ¿Acaso es posible en la vida individual?... No se da nunca, salvo en el plano social».

Con lo que Adamov asume un discurso que ha salvado los esquematismos de una época —cuando hablar de conflictos entre personajes que no manifestarían a cada paso una conciencia de clase parecía oscuro idealismo— para aceptar una visión más compleja y rica de los diversos planos entrelazados en eso que llamamos la realidad. Es también muy rico en este sentido otro párrafo de Adamov, incluido en la misma nota: «¿Qué resulta de todo esto? En todo caso, que yo actuaba a la ligera en la época en que quería «desterrar» la psicología del teatro. Pero todo o casi todo es psicología, el propio cuerpo es un objeto casi psíquico. ¿Entonces?... Yo confundía el formalismo psicológico idiota y la psicología profunda. Cualquiera que conozca la influencia que Strindberg ejerció antes sobre mí, vera que esta influencia, él la ha reconquistado hoy, aunque de una manera totalmente distinta».

No hay, pues, vuelta a atrás, sino la madurez después de un camino en el que la «mala conciencia» puso en guardia al autor contra el nihilismo político de sus primeras obras. Strindberg —al que Adamov había dedicado un largo ensayo en los años cincuenta; es decir, cuando era considerado, sin más, un autor del teatro del absurdo,